

INSTANTÁNEAS AMOROSAS

Las relaciones eróticas son fuente de una gran cantidad de relatos literarios todavía hoy, cuyo centro, con todo, suele ser el mismo y los desenlaces se mueven también dentro de un abanico limitado. Los autores y lectores parecen no cansarse de repetir un ejercicio, que trasplantado en distintos escenarios y encarnado en personajes diversos, actualiza un mito inagotable. La que escoge para narrar Ernesto Ayala es, al contrario, una historia erótica cuyo material modesto es de aquello que suelen desdeñarse porque no conducen a ningún puerto, son un episodio en apariencia secundario de la vida de dos personas, las trastorna provisoriamente, pero no las mueve más allá del trayecto que traían antes de que ese encuentro se llevara a cabo. Se trata de la historia de lo que podría haber sido y no fue, de un vínculo posible e incluso muy probable y cargado de promesas de alegría, pero que no cuaja, se despliega en una potencialidad intensa pero irresoluta; es un conato, un puro intento cuya falta de conclusión convencional les proporciona una ligera belleza.

Celeste y Manuel, en tiempos de la universidad, mantuvieron una relación más bien efímera y poco clara. Ambos se gustaron, la pasaban bien, tenían química sexual, pero fue un vínculo pasajero que dejaron atrás y archivaron como una más entre las tantas búsquedas de esa época, una mezcla inma-

dura entre pasión sexual y lo que habría podido ser amor, en un esquema de parejas que entraban y salían, no se conversaba mucho y el futuro era un horizonte amplio que rechazaba las determinaciones precoces.

Con el espectro de ese pasado tras de sí, los protagonistas se reencuentran, después de una década sin verse, en el matrimonio de un amigo mutuo y la antigua chispa vuelve a encender la tensión amorosa entre ambos, dando lugar a una secuencia de encuentros clandestinos en la que los amantes de antaño parecen estar dispuestos a darse una segunda oportunidad. **El amante indeciso** es, pues, una novela que relata un reencuentro, la resurrección de una pasión en otra edad de la vida, la revisión de lo obrado, la dilucidación de un sentimiento que quedó pendiente y flotante en el pasado.

Ayala emplea un narrador en tercera persona en extremo neutro y respetuoso con sus personajes que se limita estrictamente a comentar lo mínimo, contextualiza someramente los lugares, realiza algunas descripciones atmosféricas que abren y cierran los capítulos, pero sin nunca indagar en la subjetividad o mundo interior de Manuel y Celeste. Podría decirse que es un narrador cinéfilo, que asume la opacidad de las conciencias y solo proporciona al lector las

señales exteriores de esa subjetividad: gestos corporales y, sobre todo, palabras. El recurso estructural esencial y reiterado en esta novela es el diálogo. El reencuentro erótico de los amantes —si bien tiene momentos de corporalidad narrados de modo muy directo y llano, sin eufemismos ni cursilerías— acaece en la conversación. Esos diálogos están pulidos hasta el punto de que transmiten una espontaneidad risueña, una sintonía mutua hecha de confianza y afinidad profundas, diálogos que poseen una ligereza y doblez extraños, diálogos por los que fluye ese placer único, esa alegría del simple estar juntos, verse y conversar, propio de las conversaciones entre enamorados o de personas que creen estarlo o que quisieran estarlo. El encanto poco ostentoso de esta novela radica en esos diálogos, que soslayan cualquier sentimentalismo románticoide o la tentación de plantear una tesis o sentenciar una moraleja. Ayala dibuja, presenta y narra a través de estas conversaciones.

El lector no dispone de otra fuente de información que las palabras y los actos mínimos que cada cual ejecuta y declara y, en ese orden de cosas, el

método de narrar al cual se aferra el autor pone al lector en la misma situación de desorientación e incertidumbre en la que se encuentran los propios amantes. En ello Ayala, sin duda, acierta de pleno. No obstante, la relación erótica, más allá de la pasión sexual, reclama permanentemente al otro y a sí mismo, que responda una pregunta acerca del lugar que cada cual ocupa en su alma, quiere saber lo que el otro siente acerca de sí y lo que uno siente acerca del otro. Es menesteroso de una palabra que calme y serene una falta y desasosiego interiores angustiosos.

“El amante indeciso” relata un reencuentro, la resurrección de una pasión.

En este sentido, se echa de menos en **El amante indeciso** un narrador más jugado con lo que acaece por dentro de los amantes, que abandone su neutralidad y sobrevuelo y enrede al lector en la interioridad de aquellos, esa interioridad que permanece en reserva, que no se pronuncia, que no puede ser simplemente mostrada. Celeste y Manuel parecen estar solos, demasiado solos en este relato, y ese desamparo proviene de la inseguridad de un narrador demasiado inhibido respecto de su propia e irrenunciable función.

Comente en: blogs.elmercurio.com/cultura



EL AMANTE INDECISO
Ernesto Ayala
Emecé, Santiago,
2020, 236
páginas, \$13.900.
NOVELA